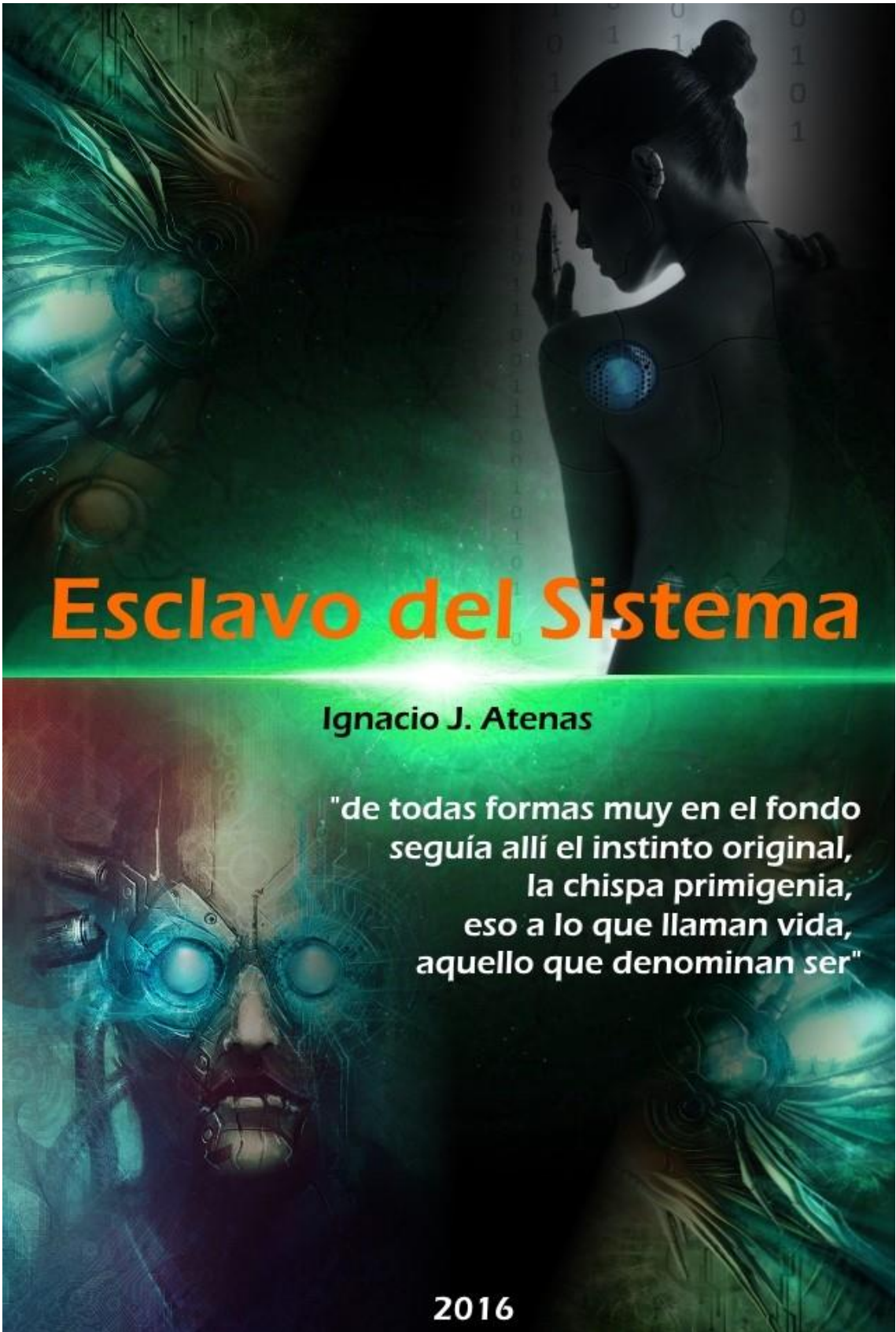




# Esclavo del Sistema

Ignacio J. Atenas

"de todas formas muy en el fondo  
seguía allí el instinto original,  
la chispa primigenia,  
eso a lo que llaman vida,  
aquello que denominan ser"

2016

## Esclavo del sistema

Un leve silbido incorporó a Káxler de nuevo, se había dormido, pero esta vez todo era distinto; su esbelta y morena figura se reflejaba en el espejo de la habitación, reposaba en el laboratorio, digamos su propio hogar, donde había nacido. Los pálidos rostros yacían alrededor, tirados sobre el piso; eran cadáveres intoxicados por el potente organismo liberado, pero él no lo sabía; era de esperarse, a un androide no le afectan aquellas cosas, pero en otro tiempo él hubiese corrido el mismo trágico destino, cuando él sólo era un humano común, pero eso tampoco lo sabía, y ni lo recordaba. A vista de cualquiera, él sería visto como un indiferente androide, pero sin embargo aún conservaba sus sentimientos, y su pecho se apretaba cada vez que observaba a la mujer sentada sobre la silla que miraba directo hacia su cama, pálida y sin aliento, como queriendo decirle alguna última palabra; en el pecho se leía su nombre -Dra. Vívian Ryker-.

Káxler no sabía qué era ese dolor en su pecho, y siempre había querido experimentar lo que era “sentir con el corazón”, no lo entendía, e ignoraba que aquello no se pensaba, más bien se sentía, y eso era lo que ahora experimentaba, expresado como una gélida presión en su pecho, pero eso, también lo ignoraba. Sólo aquel rubio cadáver sabía con exactitud lo que a él le había pasado; ella era humana, siempre lo fue, y por eso ahora había muerto, porque la existencia de tal raza había concluido, o al menos, estaba llegando a su fin.

Hubo una vez en que podrían haberlo parado, digamos al primer microbio, y luego al resto de los que aparecieron, pero todos habían ignorado el trágico desenlace que traería auto medicarse con los antibióticos más poderosos por entonces, y los microorganismos habían adquirido la rápida resistencia, provocando al final la extinción de la raza humana como la conocían antes, y ahora sólo quedarían aquellos como Káxler, androides, aunque la palabra correcta era bioandroide, pues aún mantenían varios circuitos elementales, aislados del sistema humano; el cerebro por ejemplo, era una extraña mezcla, un híbrido antinatural dirían los más religiosos, una ensalada de circuitos

biológicos y sistemas de computadora, aunque por fuera parecían humanos comunes.

En su elevado raciocinio sabía que podía salvar aquella rubicunda figura, que llevaba muerta algunos pocos minutos, y en su mente tenía claro lo que debía hacer, al menos lo intentaría. Apresurado corrió por los lúgubres pasillos, lleno de cadáveres ensangrentados; el extenso suburbio ahora yacía en un terrorífico silencio. Presionando el transmisor adosado a su mano, intentó llamar a varios de los médicos que él conocía, pero todos estaban muertos, y claro, eran humanos, pero él no entendía qué había pasado, ni por qué nadie le contestaba. Cuando salió del depósito, sólo encontró a otros androides como él, pero cuyo control era absoluto, pues seguían trabajando moviendo el brillante mineral, mientras los que terminaban su jornada laboral se metían en la red interconectada o apagaban sus sistemas. Él era el único que tenía conciencia verdadera, sólo él sabía que algo andaba mal, y se preguntaba si había otros como él, despiertos dentro de los perfectos cuerpos creados por la industria. La noche había caído repentinamente, y él era consciente de ello, entendía que cuando el cielo estrellado aparecía, era de noche; una fría noche, la última, y en la que dejaría para siempre el estricto control mental que tenía.

No tardó en recordar el procedimiento que había visto en el laboratorio; sacaban los cerebros y los metían en el hielo, así lo entendía al principio; pero su potencial era tanto, que pronto comenzaba a pensar en que la exposición a bajas temperaturas dañaría los circuitos, por lo que buscó en la red, y encontró el procedimiento. Con agilidad se devolvió en busca de la mujer por la que estaba obsesionado; aunque aquello no era descabellado, la doctora Vívian le había criado desde que él tenía memoria, y mejor dicho, desde que no lo resetearan de nuevo, así como tantas veces lo hicieron antes. Lo que él desconocía, era que la brillante mujer en forma oculta estaba intentando recuperarlo, devolverle los recuerdos que habían sido borrados, y haciéndole continuas terapias para aumentar su conciencia, porque de todas formas muy en el fondo, seguía allí el instinto original, la chispa primigenia, eso a lo que llaman vida, aquello que denominan ser.

Usando su raciocinio que crecía a paso agigantado, había hecho funcionar las máquinas de la consulta, y luego de un buen rato observando atentamente,

comprendió que aquel artefacto en el quirófano abría la cabeza en dos, cortando los huesos craneales, y dejando a la vista el cerebro. Con seguridad y total conciencia presionó los botones en el tablero, y los cibernéticos brazos adosados al techo comenzaron la afilada danza entre los osteocitos y los componentes calcificados, entre el periostio y los tejidos cartilaginosos, y el resto de los tejidos blandos, con un perfecto corte por láser quirúrgico. A vista de cualquiera, el androide de los brazos era un perfecto cirujano, pero con gigantes brazos, y con cables conectados a la supercomputadora que había atrás de la sala, en cuya gigante pantalla salía la patente industrial de nombre Fraunhofer.

A los segundos después tenía el impresionante órgano sobre las manos, y luego lo sumergía en el crioprotector llamado etilenglicol. Abriendo el gigantesco refrigerador lo insertó, moviendo el termostato, y ajustándolo a una temperatura extrema, -135 grados celsius mostraba el interfaz. El método se llamaba criopreservación aldehído-estabilizado, y según se leía en el instructivo virtual, era un antiguo pero efectivo método desarrollado durante el siglo veintiuno de la era humana.

Su compresión aumentaba titánicamente, y pronto como pudo corrió por los pasillos adyacentes, dentro del centro médico; había entendido lo que había ocurrido, el ataque biológico. Pocos minutos después, entraba en la gigantesca sala de la fábrica, y se vio insertando el cerebro dentro de los contenedores dispuestos por la industria, con los que la gigantesca impresora fabricaba los bioandroides. Era una habitación iluminada repleta de cables y máquinas que atravesaban todo el lugar, algunas adosadas al techo, y otras dispuestas en el suelo.

-Actividad biológica activa- pronunciaba a continuo la impresora, una vez que la operación había terminado. El nuevo bioandroide abrió los ojos rápidamente, mientras reposaba sobre la metálica camilla. Sus labios se movieron levemente emitiendo algunos balbuceos irreconocibles para Káxler. La doctora, ahora convertida en un nuevo bioandroide se sentó con lentitud, mirando en todo momento a Káxler, quien la veía con excesiva sorpresa. La mujer, cuya robótica silueta sentía en lo más profundo enormes ganas de llorar, se acercó a Káxler rodeándolo y dándole un cálido abrazo. Los ojos de Káxler desprendieron por

primera vez unas pequeñas lágrimas; de todas formas sus ojos también eran humanos, y como destellos en su mente, aparecieron los recuerdos de su verdadero ser, el humano que había sido antes, y abrazándola sin despegarse recordó que aquella mujer era más que su inventora, había sido su amada chica cuando ellos eran jóvenes, cuando ambos bordeaban los veinte, cuando se prometieron estar juntos toda la vida, y esa promesa ahora se hacía realidad, y había comenzado a serlo desde que Káxler había salvado el cerebro de Vívian dentro de un cuerpo artificial, y que ahora ambos compartían. Ambos globos oculares se veían fijamente, uno al otro, con sus labios a pocos centímetros entre sí, cuando Vívian ahora con lágrimas le expresó las cálidas palabras que para Káxler fueron la verdadera iluminación, la auténtica razón del ser, aquellas que él esperaba escuchar toda la vida – te amo -.

La iluminada habitación del centro médico, tenía a los primeros bioandroides conscientes de la historia; allí comenzaría de nuevo, ahí sería la simiente de una nueva generación humana, una cuyos sentimientos apresados podían expresarse libremente, y que habían terminado con el estricto control mental que el humano ordinario había instaurado, una que ahora llevaría en el principio, escritos los nombres de Vívian y Káxler.

**por Ignacio J. Atenas**